

Llamados a ofrecer un servicio de excelencia para Cristo

El llamado a servir a la iglesia de Dios es un privilegio que debe tomarse muy en serio. En Romanos 12: 1, se nos exhorta: «Así que, hermanos, yo les ruego, por las misericordias de Dios, que se presenten ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. ¡Así es como se debe adorar a Dios!» (RVC). Toda nuestra adoración ha de ser para Dios.

Desafortunadamente, algunos cristianos le dan a Dios lo mínimo, lo que les sobra, en lugar de darle a él lo mejor. Dios merece el mejor servicio que podemos brindarle.

A continuación, cuatro principios que son necesarios para un servicio de excelencia en la iglesia de Dios.

1. Una relación personal con Dios. No podremos llevar a otros a Cristo, si antes no nos sentimos atraídos a él, pues no podemos dar a los demás lo que no tenemos.
2. Hacer sacrificios por Cristo (ver Rom. 12: 1). Como trabajadores, hacemos enormes sacrificios por nuestra compañía, por nuestro jefe, gobierno o país. A veces, se nos pide hacer más de lo que está estipulado en nuestra lista de responsabilidades. No podemos dar menos a Dios.
3. Ser un buen ejemplo (ver 1 Tim. 4: 12). Lo que Jesús enseñó, también lo vivió; y esto hizo que su enseñanza y ministerio fueran tan efectivos. Debemos ser lo que creemos y enseñamos, y debemos vivir lo que predicamos. Elena G. de White nos recuerda que «el mundo se convencerá por lo que la iglesia viva, y no por lo que se enseñe desde el púlpito» (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 19). Debemos dar buenos ejemplos en nuestros hogares, iglesias, vecindarios y lugares de trabajo. Pablo nos exhorta en Filipenses 4: 13: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece». Con Cristo, nuestras acciones pueden ir de la mano con nuestras palabras y creencias. Dios nos llama a darle un servicio de excelencia.
4. Tener relaciones interpersonales saludables. «En esto conocerán todos que ustedes son mis discípulos, si se aman unos a otros» (Juan 13: 35, RVC). La gente es nuestro activo más valioso, así que si no nos llevamos bien con los demás, no podremos prestar un servicio eficaz a Dios. Cuando nuestra relación vertical (con Dios) es sólida, nuestras relaciones horizontales (terrenales) serán adecuadas. Debemos amar a todas las personas,

independientemente de su raza, estado, posición económica o educación. Cristo murió por todos, así que debemos amar a cada ser humano y estar dispuestos a trabajar con ellos para su salvación. Nuestra actitud, más que nuestros dones, talentos, conocimientos o habilidades, determinará el nivel de éxito en el servicio. Luchemos por la gracia de Dios para exhibir buenas relaciones interpersonales con aquellos con quienes nos relacionamos diariamente.

Dios merece el mejor servicio de nuestra parte. Él ha prometido estar con nosotros a lo largo de nuestro viaje (ver Mat. 28: 20). Consagrémonos y estemos siempre atentos al llamado de Dios a darle un servicio de excelencia. Si lo hacemos, la recompensa es segura y el éxito está garantizado.

*Pr. Ashton O'Neil,
director de Escuela Sabática
y Ministerios Personales
Unión del Caribe*